

no desechó una mujer como yo cuando fué á encontrarlo. » — « Es verdad, le replicó el Padre, pero ella dejó de ser lo que era antes. E yo, contestó esta mujer, también espero con la gracia del Señor, que desde hoy no permaneceré más en el pecado. » Al mismo tiempo abandonó á los jóvenes susodichos y todo cuanto tenía, para seguir á estos buenos solitarios, quienes la condujeron á un monasterio de mujeres, próximo á la ciudad de Aige, donde fué un modelo de penitencia.

Colocaremos aquí otro relato de la historia del mismo autor, aunque no tenga una grande relación con los que acabamos de referir. Había en Jerusalén una religiosa que llevaba una vida muy santa; pero el demonio no pudiendo soportar su virtud, hizo que un joven quedara perdidamente enamorado de ella. Esta admirable virgen reconociendo el artificio del maligno espíritu, y teniendo compasión de la desgracia en la cual precipitaba al alma de este joven, se fué al desierto vecino del Jordán, para volver con su huida á este extraviado al camino de la justicia, y para hallar su propia seguridad y un acrecentamiento de méritos en una soledad completa. No se llevó más que su cilicio y una pequeña provisión para nutrirse; pero Dios por una maravilla sorprendente hizo que su cilicio jamás se estropeará y que su provisión nunca disminuyera; y por un nuevo prodigio la hizo invisible á cuantos atravesaban este desierto, aunque ella los veía muy bien. Así pasó diecisiete años, al fin de los cuales Dios quiso hacer conocer su virtud á un solitario, suspendiendo el segundo milagro por el cual la ocultaba á los ojos de los otros; de suerte que habiéndola éste visto, le preguntó que hacía en este desierto y con que designio se había retirado en él. De momento la piadosa virgen quiso eludir la cuestión, pero el solitario á quien Dios había revelado su virtud, le reprendió como habiendo faltado á la sencillez, y le hizo con-

fesar las gracias que Dios le había hecho, y que acabamos de referir.

---

#### LAURAS DE FARAN Y DE JERICO <sup>1</sup>.

Se entendía por *Laura*, como ya lo hemos explicado en una nota, una reunión de ermitas, colocadas en celdas separadas, pero bastante próximas para ser sus habitantes fácilmente gobernados por el mismo superior. Hablaremos después de muchas de estas lauras. Las de Farán y Jerico son las más antiguas y famosas. Se atribuye su fundación á san Charitón, cuya vida refiere Surio al 28 de setiembre.

De las actas de este Santo se deduce que vivía en tiempo de la persecución del emperador Aureliano. Se ha dicho que era de Iconio <sup>2</sup> en Liconia y que habiendo abrazado el cristianismo, cumplió sus deberes con tanta piedad, que los paganos reconocieron fácilmente la santidad de su fé por la de sus costumbres; lo que muy pronto lo expuso á sus violencias. Sufrió muchos suplicios con una constancia heroica; mas no por eso murió, habiéndolo Dios conservado para ser una de las lumbreras del estado monástico. Después que lo hubieron tenido preso hasta la muerte de Aureliano, le dieron libertad, y se fué á Jerusalén; pero no se sabe si esto fué al momento ó después de muchos años.

En este viaje Dios todavía probó su paciencia con otra persecución; pues en su camino fué encontrado por unos ladrones que le ataron y lo condujeron á una caverna que distaba dos leguas de esta ciudad. Charitón, quien sabía

<sup>1</sup> *Vitæ Patrum*, Paladio, Cotelier.

<sup>2</sup> Hoy día *Koniéh*.



que ninguna tribulación sucede sin orden de Dios, se abandonó sumiso á su providencia aguardando lo que querría disponer de él. No tardó en experimentar que asiste poderosamente á aquellos que pusieron en él toda su esperanza; pues aquellos que le habían atado habiendo bebido un vino emponzoñado por casualidad, murieron todos, y por una nueva señal de la protección de Dios, se rompieron las esposas, y se encontró heredero de la caverna y del dinero que estos ladrones habían recogido.

Se ignoraba á quien podía pertenecer este dinero, y se lo dejaron á su disposición. De él dió una parte á los pobres y á los solitarios y empleó el restante en construir y restaurar una ermita, en cambiar la caverna en iglesia<sup>1</sup>, que fué dedicada por Macario, obispo de Jerusalén. Se cree que los solitarios á quienes fué distribuida una porción de este dinero, estaban establecidos cerca del mar Muerto en un lugar lleno de cañas y que eran del número de aquellos piadosos fugitivos que en tiempo de las persecuciones tomaron la resolución de retirarse á un desierto antes que renunciar á su fé; lo que en estos países pudo haber dado principio á la profesión monástica. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que consta el establecimiento de la célebre laura de Farán á dos leguas de Jerusalén sobre el camino de Jericó, de que con tanta frecuencia se hablado en la historia de los solitarios.

Allí Charitón no moró mucho tiempo solo; muchos fieles renunciando al siglo fueron á ponerse bajo su dirección, y él tuvo un especial cuidado de formarlos en la virtud. No vivían más que de pan, de agua y de sal. Tra-

<sup>1</sup> Esto sólo pudo suceder mucho tiempo después que el Santo fué sacado de su prisión, pues Aureliano murió en 275, y Macario ocupó la silla de Jerusalén desde el año 314 hasta 344; así es que medió un intervalo á lo menos de cuarenta años, y tal vez de sesenta. Ved á Bulteau, L. 2, c. 9, n. 1.

bajaban mucho y pasaban sucesivamente del trabajo de las manos al canto de los Salmos. Así es que su vida era un continuo ejercicio de abstinencia, de trabajo y de salmodia. Después de haber establecido una disciplina excelente en esta nueva laura, dejó en ella un superior y se retiró á otra caverna cerca de Jericó, donde para su nutrición no tenía más que yerbas que crecían alrededor, y sólo se ocupaba de la oración. Algunas enfermedades que curó milagrosamente le hicieron conocer y le atraieron nuevos discípulos. Para ellos construyó una segunda laura, conocida después bajo el nombre de laura de Jericó; y después de haberlos instruido suficientemente en los deberes de la vida religiosa, también les dió un prior, y se trasladó al desierto de Tecue para vivir en él desconocido y secundar sin obstáculo el atractivo que sentía hácia la soledad y el silencio. Pero también aquí se vió obligado á recibir discípulos; lo que le dió ocasión de fundar una tercera laura que se llamó la laura de Suca.

Por fin se retiró á una pequeña gruta que estaba como suspendida en el aire, donde podía entregarse á su gusto á la contemplación, permaneciendo allí hasta que habiendo tenido revelación de su muerte, volvió á su primera laura de Farán. Allí, habiendo exhortado á sus discípulos á llevar una vida perfecta, les predijo que muy pronto la Iglesia sería agitada por una furiosa borrasca, lo que sin duda presagiaba la persecución, de los Arrianos bajo el imperio de Constanzo. Se cree que murió muy viejo hácia el año 340.

El abad Elpidio aumentó después la laura de Jericó. Florecía en este desierto el año 400. Paladio que habla de él en su *Historia lausiaca*, dice, que era de Capadocia y que moraba sobre la montaña de Luca y en una de las cavernas de Jericó, que formaron los Amorreos cuando salieron al encuentro de Josué. Observaba una abstinencia



rigurosísima, y durante veinticinco años no comió más que el sábado y domingo. También pasaba las noches enteras derecho entonando salmos y cánticos. Su cuerpo estaba de tal modo extenuado por sus austeridades, que fácilmente, dice su historiador, podían contarse todos sus huesos. Su virtud le hizo juzgar digno del sacerdocio, y Timoteo, obispo auxiliar de Capadocia, que había levantado un monasterio en este lugar, le hizo superior del mismo. No por eso dejó su caverna; pero en sus acciones hacía brillar tanta perfección, que su solo ejemplo bastaba para instruir á sus religiosos, aunque él á todos eclipsaba. Esto hizo que apresurándose los solitarios como á porfía á ponerse bajo su dirección, se halló circuido de un número muy crecido de ellos, quienes le seguían como las abejas siguen á su rey. Así es que hizo construir muchas celdas sobre esta montaña, donde gobernó á estos fervientes religiosos, regulando las austeridades de cada uno según sus fuerzas de tal suerte, que todos se ejercitaban en la virtud de diferentes maneras, que tendían sin embargo á un mismo fin.

Paladio añade, que una noche en que el abad Elpidio cantaba salmos con los otros, un escorpión le picó, y que se contentó con aplastarlo sin manifestar sentimiento alguno por el acerbo dolor que le había causado. Ordinariamente oraba vuelto el rostro hácia el Oriente. Por fin su retiro se le hizo tan querido, que desde que se estableció en la caverna que sirvió de carrera á sus sufrimientos, ya no descendió más de la montaña.

Enesio y Eustaquio, hermanos, se le asociaron y sobresalieron en la profesión monástica. Entre otros discípulos tuvo un Capadociano llamado Sisino, de muy baja prosapia, pues había sido esclavo, pero que se hizo ilustre por su piedad. Moró seis ó siete años con él, y se esforzó á imitarlo en su penitencia; después se encerró en un sepulcro, donde pasó tres años en una oración continua, sin sen-

tarse, sin ponerse á la mesa, sin salir: Dios le dió poder sobre los demonios. Volvió después á su país, donde habiendo sido hecho sacerdote, gobernó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres.

Paladio habla también de un solitario llamado Gadano, de Palestina, quien pasó su vida en las riberas del Jordán. Los Judíos lo aborrecían en extremo, y habiendole uno de ellos encontrado cerca del mar Muerto, sacó su espada para matarle; pero su mano se secó al momento.

El mismo autor habla también de un anacoreta de este lugar llamado Elías. Este era, dice, un hombre de acrisolada virtud, quien, ocupándose en todos los ejercicios de la vida religiosa estaba de continuo en oración y recibía con igual bondad y caridad los que iban á visitarle. Añade que habiendo ido á visitarle unos hermanos, le faltó el pan, sintiendo por ello un vivísimo dolor; pero habiendo entrado en su celda halló, contra toda esperanza, tres panes tiernos que la Providencia le envió, y que al momento les llevó satisfecho. Dos de estos panes bastaron para saturarlos, por más que fuesen veinte, y quedó uno que le sirvió para nutrirse durante veinticinco días.

---

#### SAN MARTINIANO Y SAN JAIME, ERMITANOS.<sup>1</sup>

Hay cerca de Cesárea en Palestina una montaña llamada *el lugar del Arca*, que venía habitada desde los tiempos del emperador Teodosio el Grande por muchos santos ermitaños. Allí fué donde Martiniano, natural de esta ciudad, se retiró á los dieciocho años para no ocuparse más

<sup>1</sup> Metafrasta.